

El Día de la Mujer Trabajadora vuelve a poner en cuestión las dificultades que, hoy por hoy, sigue oponiendo nuestra

ANTE EL DÍA DE LA MUJER TRABAJADORA

Por Lina ORTAS BLANCO

para hallar la solución. Lo que tenemos no sirve porque no está pensado para hombres y mujeres que trabajan juntos. Hacen

tra sociedad para que esa mujer acceda al campo laboral en las mismas circunstancias que el hombre. Un sistema de reorganización de los horarios y los servicios laborales, escolares, sociales y comerciales más racional, humanizado y, si se me permite, revolucionario, haría más eficaz y consecuente el discurso teórico y la práctica de ese derecho al trabajo que tiene la mujer. Igualmente beneficiaría al hombre y enriquecería la calidad humana de la vida de la sociedad entera.

Ya a principios de siglo, Unamuno, en su carta a la señora Mab, dice: "Una mujer ¿deberá escribir?" se pregunta usted, y yo respondo: "Sí, debe escribir, pero lo mismo que el hombre, cuando tenga algo que decir." Y el que para hacerlo tenga que servirse de un instrumento hecho por hombres y para hombres, de una lengua literaria, fruto de una civilización predominantemente masculina, no quiere decir, ni mucho menos, que sea la mujer intelectualmente inferior. Mi lógica masculina no ve bien esta consecuencia.

Esto quiere decir que un francés, aunque tenga más talento que un español sobre asunto cualquiera, estará en peores condiciones que el español que quiere escribir su lengua ahora; lo que puede hacer la mujer es modificar el instrumento, pero ¡qué dura tarea!

El símil tiene su parangón con el mundo del trabajo. Cuando la mujer accede en mayor número al mundo laboral a primeros de siglo, se encuentra en un campo organizado por hombres y para hombres, que cuentan con una mujer que atiende las obligaciones familiares que a ambos competen. La

distribución de esas cargas había relevado al hombre de toda otra ocupación que no fuera la de su propio empleo y promoción en el mismo.

Ante esa situación, la mujer que desea ejercer una profesión fuera de su casa, a la que tiene derecho, se encuentra en desventaja. La estructura y dinámica de la sociedad coloca a la mujer en desventaja respecto a la conducta instalada del hombre. La mujer tiene en muchos casos que perder su identidad para amoldarse a un sistema laboral donde el «lenguaje» no le favorece porque fue pensado por y para el varón «libre» de cargas familiares.

Los horarios escolares, comerciales y de servicios no coinciden siempre con los laborales, y cuando la mujer se incorpora al trabajo se «organiza» el caos total y la pérdida de calidad de vida familiar y social. En América surge el «niño llave» que, pese a su corta edad, vuelve a casa solito, abre la puerta, encuentra la casa vacía y espera a que sus padres vuelvan más tarde a casa. Demasiado exigente y peligrosa es esta situación para la infancia.

¿Qué hacer? ¿Sacrificar como hasta ahora el trabajo de la mujer casada, o tolerar el mayor absentismo femenino del trabajo porque es ella la que corre sola con la responsabilidad de la familia, en detrimento de su profesión? El hombre tiende a escudarse en el peso de la tradición para dejar las cosas como están y la sociedad carga con la doble tarea profesional para la mujer, dentro y fuera de la familia. Esto no es justo. Hay que buscar una solución. Ponerse a pensar juntos.

No sirven las soluciones de las medias jornadas, jornadas flexibles o de las excesivas excedencias maternas cuando éstas se aplican tan sólo y, por tanto, de modo discriminatorio a la mujer. Tampoco lo es el dejar que la mujer trabaje con el acoso de la «mala conciencia» de abandono familiar o asumiendo los trastornos familiares que su tardía incorporación laboral produce. Toda la sociedad montada para una vida laboral masculina se está resintiendo de modo, a veces dramático, por falta de soluciones audaces, inteligentes y humanizadas.

El trabajo profesional es tan connatural al hombre y a la mujer como el vuelo a los pájaros. La incorporación tardía de la mujer al mundo laboral la sitúa ante dos posturas: o bien se adapta a un sistema que no es el suyo, porque tiene otro «lenguaje», o se desmonta este sistema masculinizado e irracional, porque está ideado para sólo la mitad de una población activa.

Esta segunda solución me parece más humana y, por tanto, más justa para todos. Habrá que contemplar nuevos planteamientos

falta fuertes dosis de imaginación para racionalizar el sistema. Pero los problemas no se solucionan sectorialmente. Son todos y cada uno de los capítulos del montaje de nuestra sociedad los que deben ser revisados, por su relación unos con otros.

El derecho de las personas hombre y mujer al trabajo, ha de verse facilitado de manera humanitaria en la sociedad en que viven. Las ideas van por delante, pero la práctica, entretanto, se está cobrando un coste muy alto, del que todos se resienten y la calidad de vida se rebaja en muchos casos. La propia higiene mental de la sociedad se deteriora al instalar el logro de la mujer en el trabajo dentro de los viejos esquemas de un antiguo régimen.

La mujer no tiene por qué adaptarse a un sistema laboral que ella no ha concebido. Hay que modificar, por tanto, el instrumento de funcionamiento; cambiar el «lenguaje» para que la mujer hable en pie de igualdad y se desenvuelva con la misma holgura masculina. Aquí está el reto de la sociedad ante la mujer trabajadora. Este cambio cualitativo es el que debe contemplar el mundo laboral si quiere ser más humano y justo. No tiene que cambiar la mujer para adaptarse. Es el instrumento el que hay que modificar, pero ¡qué dura tarea!



Lina Ortas Blanco
Secretaria nacional
del PDP